

EL MAL QUE HACEN LOS BUENOS

I AY ingenuos que quieren vivir ahogando los males en una nube compuesta de vapores de morfina, real o imaginaria. Pero nosotros debemos —con motivo del Año Nuevo— mirar las cosas sin paliativos: plantearnos el futuro, para hacerlo mejor.

Siempre será verdad el canto que nuestros realistas poetas españoles nos han cantado hoy:

«Vida mía, vida mía
—decía León Felipe—,
tengo un ojo pitañoso,
y el otro con ictericia».

Llevo en mi mismo el estigma del mal físico o moral; lo mismo que veo en muchos a mi alrededor constantemente los resultados de la injusticia social:

«Los niños, muchos niños, piden techo,
lloran alma, tiran sin rencor.
Acaso está lloviendo, acaso hubo
la naranja que no alcanzó su mano,
o el frío, o las muchísimas estampas
que no vieron jamás. O los zapatos
que están rotos...», —dice Eugenio de Nora.

Lo peor de todo es —sin embargo— la desesperanza en los hombres de hoy, tal como la descubren poco después estos mismos versos:

«Una concha y un pan, un monigote,
bastan, mas, ¿dónde están? No veo el
[rostro
de esos niños debajo de su cara;
veo un disfraz registrador que suma
tiempo, y tiempo de adultos, tiempo y
[duelo,
dolor y hasta un final... que escaparía-
[mos, ¡oh, Dios!
¿qué hacer, qué haríamos,
esto es demasiado, esto no puede ser!».

Incluso llega el desespero a fijarse en lo inane de la muerte, de una muerte que hace todo inútil, en boca de Gloria Fuentes:

«No es lo peor morir, lo angustioso
es que después no puedes hacer nada,
ni dar cuerda al reloj,
ni despinarte,
ni ordenar los papeles...».

Los buenos —confesémoslo sin rubor— de este mundo son los que han hecho estos males sociales, o los que los han consentido con su prudencia humana. Del mismo modo que muchos atribuyen a Dios el mal que ocurre en la desgracia —una enfermedad, un accidente, un fracaso—; y se lo atribuyen lo mismo increyentes,

en plena crisis de fe que les ha hecho perder toda confianza en la imagen que de El se han forjado; o los creyentes, queriendo justificar con sus torpes razones lo injustificable.

Hacen de Dios, los creyentes, ese Prometeo arbitrariamente omnipotente; o, los no-creyentes, ese Dios duro y frío como el acero, que no nos oye.

Nadie mejor que Sartre ha descrito a éste último. En su obra «El diablo y el buen Dios», Goetz —hombre religioso— ha recurrido a todo, a la ascesis, a la oración, a la limosna, incluso a simular los estigmas en sus manos, pero el enfermo por el que tanto pide no mejorará. El silencio de Dios es total. «Suplicaba a Dios —dice—, mendigaba un signo, enviaba mensajes al cielo; pero no obtenía ninguna respuesta. Preguntaba en cada momento qué podría ser yo a los ojos de Dios. Ahora conozco la respuesta: nada».

Por eso se hizo ateo; como muchos se han hecho tras esa experiencia religiosa equivocada.

Esta es la gran causa del ateísmo, como observa el pensador católico Gabriel Marcel: «A despecho de todas las argumentaciones esgrimidas por teólogos y filósofos desde el origen del hombre, en la existencia del mal y del sufrimiento de los inocentes es donde encuentra su fuerte permanente el ateísmo».

O como confiesa Etienne Borae en su obra «Dios ha muerto»: «El mal es una provocación constante que impulsa al ateísmo; instalándose con insolencia, o proliferando impunemente la desgracia igual que la injusticia, la muerte, así como sus secuelas, son las realidades que hacen a Dios inverosímil».

Son autores católicos —y no incrédulos— quienes con total franqueza reconocen que éste es el perpetuo germen de ateísmo en la historia del hombre.

No se trata, para defender nuestra postura de creyentes, de negar lo innegable; ni de atenuar con nuestra habilidad dialéctica la realidad del mal en el mundo. No debemos ser nosotros como esos ingenuos seguidores de la señora Blavatsky o de Mary Baker Eddy, la fundadora de la secta llamada «Ciencia cristiana», que negaban las enfermedades como si fuesen simple producto de nuestra imaginación.

Tampoco somos como los grandes filósofos Spinoza y Leibniz, que querían hacernos ver con gafas de alegres colores el negro panorama de

nuestro mundo. De ese mundo que hoy —1968— pasa hambre, y hambre de muerte, en el que sólo una minoría recibe instrucción, o que gime bajo el yugo de la opresión política, psicológica o guerrera, como vemos día tras día en el Vietnam, o a veces en cualquier país de nuestro Occidente cristiano.

No: el mal no es un fantasma, sino algo que es de carne y hueso y que está visible, como marca indeleble, en nuestros semejantes de hoy.

Pero nada peor que querer paliar el mal convirtiéndolo en algo que se quiere justificar, porque en el conjunto ordenado del mundo es un factor necesario. La enfermedad, la muerte o el pecado no son —como equivocadamente pensó Spinoza— piezas constructivas del universo.

Santo Tomás —el gran testigo de la tradición católica— opinaba igualmente que estos males no contribuían a la perfección del mundo, contra lo que tantos superficiales *píos* han pensado.

«En conjunto, el universo de la naturaleza representa un orden; pero un orden duro e implacable», confiesa sin rebozo el Cardenal Journet en su libro «El mal». Esa es la verdad, sin paliativos, que un creyente no puede ni debe ocultar. Verdad dura, que no es extraño que produzca el alejamiento de Dios, porque lo habíamos convertido en un demiurgo justificado sólo por nuestros cubiletes pseudo-religiosos. Su imagen era la del «gran Dios de los idólatras, el Júpiter de este mundo, de los poderosos arrellanados en sus asientos, y de los ricos en su gloria terrenal, del éxito carente de la ley, y del hecho erigido en ley» (J. Maritain, «Significado del teísmo contemporáneo»).

La providencia natural de Dios —a la que tan ingenuamente hemos apelado los creyentes— no se manifiesta (como ya he dicho de pasada en otro artículo) más que por las leyes estrictas, inexorables —como toda confluencia de grandes números— de la naturaleza. Nuestra vida humana en este mundo —el dolor, la suerte, el éxito— no tienen ninguna atadura paternal con Dios más que la de la naturaleza y sus leyes por un lado, y la de la libre voluntad de los hombres para construir un mundo más justo por otro. Eso piensan dos filósofos católicos, los padres A. Gregoire, S. J., y A. D. Sertillanges, O. P.; y yo estoy convencido de ello.

No es ninguna rareza entonces pensar que «no se puede encontrar a Dios

en este mundo» (A. H. Maltha, «Orientaciones modernas en Teología»). «La ciencia —hay que reconocerlo con Sertillanges— ha destronado al dios-sol, al dios-nube, al dragón que produce los eclipses y a todo cuanto se asemeja a unos juguetes religiosos...; y ha contribuido a depurar el sentimiento religioso en el seno de las masas cristianas, y conviene estarle agradecidos por ellos».

Dios ya no puede ser el Dios hecho a nuestra imagen que criticaba Voltaire cuando decía: «Dios ha creado el hombre a su imagen, y el hombre le ha respondido de igual manera». Por eso, Dios «no es consciente, sino supra-consciente»; ni una causa, sino «una super-causa». No es tampoco un ser como todos los que conocemos: es un «Super-ser», como afirman a una los filósofos H. Dumery y A. D. Sertillanges, O. P. Incluso —como dice el católico Blondel— al comparar diversos atributos que le damos a Dios, «la palabra personalidad —aplicada a El— es en cierto aspecto más peligrosa, más inadecuada».

I AGAMOS ahora, si podemos, un esfuerzo por aplicar todo esto a los males concretos que conocemos.

«Un joven, sano y vigoroso en apariencia, con espléndido porvenir —dice G. Marcel— bruscamente empieza a sentir un ligero dolor en el cuello. Aparecen otros síntomas después, y se descubre que padece un avanzado cáncer, que está en vías de generalización y sus progresos fulgurantes no pueden ser atajados».

Nuestra pregunta es bien sencilla: ¿Es Dios —el bueno por excelencia, según la imagen que tenemos muchos de El— causa de esta dolencia? ¿es esta una prueba decisiva que Dios le pone en su vida?

Habría que contestar con toda sinceridad, si somos consecuentes con lo anterior: no. Dios no es una causa entre las causas de este mundo. El Dios que es real, no es el Dios Emperador del mundo; nada tiene que ver con él. «Hay que renunciar —con todas sus consecuencias, como hace Marcel— a seguir concibiendo a Dios como una causa». Incluso hay que corregir nuestra visión de un orden infantil del mundo, del cual hagamos desaparecer el azar. Las causas de la enfermedad, búsquelas el médico; pero no el teólogo, porque están a ras de tierra y no a nivel del cielo, porque Dios no está en su Olimpo distribu-

Por ENRIQUE MIRET MAGDALENA

yendo desde él dádvas a sus seguidores o poniéndoles a prueba.

La nueva física cree que el orden no es nada más que el resultado estadístico de grandes números. «Una persona que viera por primera vez las arenas de una playa creería que fueron depositadas de acuerdo con un plan determinado. Cerca del mar —cubiertas por el agua— están las de mayor tamaño, y poco a poco, al salir del agua, vamos observando cada vez más pequeños granos. Parece como si alguien hubiera arreglado la playa, disponiendo los gránulos por tamaños. Pero sabemos que es innecesaria esta interpretación antropomórfica: el agua transporta las piedrecillas, y lanza las más ligeras más lejos. Cada oleada es una casualidad, y nadie puede prever donde va a caer cada piedrecilla; pero al final se produce el orden. El azar y la selección entre piedras de distinto peso consiguen este orden» (Hans Reichenbach, «La filosofía científica»). Lo que nosotros observamos, como un causa en la naturaleza, es siempre el producto de un gran número de hechos atómicos, anárquicos, desordenados, que al ser muchos tienen una regularidad estadística. La vida biológica tiene también un cierto orden en conjunto, pero en cada caso concreto se halla sometida al azar, como en el caso de ese enfermo.

«El azar, muchos cristianos se sienten obligados a rechazarlo por hacer honor a la Providencia, y dicen: lo que está subordinado a la Providencia, no puede ser fortuito... Pero —replica el P. Seritillanges— no hay por qué pretender eliminar el azar, que es uno de los elementos de este mundo...: en realidad, es un elemento de lo relativo... Dios es demasiado Soberano para impedir la libertad de sus obras..., su gobierno es tal, que tiene, como uno de sus elementos, esa misma libertad... La ilusión está en ver a Dios como una causa como las otras, aunque más poderosa: un di-miurgo cuya acción resume en él todas las acciones creadas... Pero Dios no actúa, Dios no influye, Dios no interviene... Dios no modifica nada; Dios actualiza».

En un palabra: Dios deja todo el poder —físico, moral, humano— en nuestras manos. Y por eso, la única oración que cabe es la del jesuita Lippert: «Señor, ahora creo entender-te: Tú te muestras tan bueno como nos mostramos nosotros». Su bondad, es la nuestra.

No hay más Dios, a los ojos de los

hombres, que el que se revele en nuestras acciones en pro de la justicia, la verdad, la paz y el amor para todos.

Como León Felipe: «Creo que un hombre honrado cuando nos da pan tiene el cuerpo de Cristo entre los [dedos].»

Porque «el ser absoluto no existe para amparo del hombre, y como mejor remedio de sus debilidades y necesidades, las cuales tratan de hacer de él un objeto. El único amparo que tenemos, es el que encontramos en la realización de los valores morales en la historia del mundo...», en la medida que convertimos lo divino en Dios», (Max Scheler, «El puesto del hombre en el Cosmos»).

El día en que un obrero innominado, o un sabio conocido, sepan dar testimonio de valentía ante la opresión o la injusticia; el día que un enfermo incurable dé ejemplo de creer en el propio respeto a sí mismo, a pesar del legítimo deseo de blasfemar contra el Emperador del mundo; ese día, el mal empezará a desterrarse del universo, aunque aparentemente fracase el obrero, el sabio o el enfermo, porque habrán dado testimonio de esos valores humanos —la verdad, el amor, la libertad— que son imprescindibles en nuestro mundo.

Ese día nos preguntaremos, con el católico Maritain, «entre el ateo y el santo, ¿cuál de los dos es más íntegro, más duro?, ¿cuál aplica con más furor el hacha a la raíz del árbol...? Para rescatar la creación, el santo —y eso es lo que necesitamos: santos revolucionarios— hace la guerra a toda la fábrica de la creación, con las desnudas armas de la verdad y del amor».

El que sufre, el que muere, es deudor de este afán superador que es nuestra providencia —testimonio único de la Providencia divina— ante los ciegos embates del mal en los cuerpos y en las almas.

Por eso podríamos decir, con León Felipe, a todos los conformistas religiosos del universo entero, los que creen en un Dios —como afirma Maritain— que bendijera la iniquidad, la esclavitud y la miseria, y que sacrificase el hombre al Cosmos, y que hiciera de las lágrimas de los niños y de la agonía de los inocentes un ingrediente sin comprensión de las necesidades de la evolución: «si mis ojos están sucios, los vuestros están ciegos».



lejos del vietnam

Realizadores tan opuestos como Resnais y Agnès Varda, Godard y Joris Ivens, Lelouch y William Klein, Chris Marker y la novel Michèle Ray han unido sus esfuerzos para la realización de un largometraje sobre el tema que hoy más apasiona en el mundo, la guerra del Vietnam, vista a través de quienes geográficamente están alejados de ella. Cada uno de los realizadores ha dirigido una parte del film, pero en los títulos de crédito no se especifica cuáles son las secuencias que corresponden a los distintos firmantes, que lo hacen colectivamente. Con motivo de la presentación de la película en París se celebró una conferencia de prensa-debate, en la que intervinieron los ocho directores. En la foto, Claude Lelouch, Jean-Luc Godard, Agnès Varda, Jean Lacouture —«moderador» del debate— y Alain Resnais. El título del film es, simplemente, «Loín du Vietnam».

el último premio

En la carrera que, al finalizar cada año, entablan los premios literarios franceses, el último en llegar es el «Interallié». Con él se cierra el ciclo que inaugura el «Goncourt» y que volverá a iniciarse al año siguiente. Lo mismo que el «Fémina», otorgado a Claire Etcherelli por «Elise, ou la vraie vie», el «Interallié» ha correspondido a una mujer. Se trata de Yvonne Baby, que lo ha obtenido por su primera novela, «Oui, l'espoir». La escritora es hijastra del recientemente fallecido crítico cinematográfico Georges Sadoul, y ella misma ejerce esta especialidad en las páginas del diario «Le Monde», conjuntamente con Baroncelli.



nuevo libro

La Secretaria General Técnica del Ministerio de Gobernación acaba de publicar, dentro de la Colección «Documentos», una «Guía de Actividades públicas asistenciales», con un estudio preliminar de Ramón Martín Mateo, bajo el título «La asistencia social como servicio público». Martín Mateo penetra a fondo en la problemática asistencial desde muy diversos ángulos: el filosófico, el sociológico, el histórico, etc. Posteriormente, analiza con acierto las características de los seguros sociales, su concepción como servicio público, etcétera, y la asistencia social y sus determinantes. Luego describe la organización de la asistencia social española y recoge abundante documentación. El libro de Martín Mateo posee un gran valor informativo.

sigue